

IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA

OBRA ESCRITA

POR

ARMANDO BAEZA SALVADOR

Profusión de grabados alusivos. Un tomo encuadernado en tela, 7'50.

LA CONCIENCIA DEL MALVADO

Y

OTRAS NOVELAS

POR

EDRIQUE RUIZ MONTERO

Un tomo encuadernado en tela, 5 pesetas.



LOS AMORES DE UNA MANOLA

POR

ENRIQUE FERNÁNDEZ DE LARA

36 cuadernos que forman 2 tomos, 18 pesetas. Encuadernada, 20 pesetas.



SAFO

Como decía muy bien *El Defensor de Urbilis*, la llegada de la compañía Terrazzi, de ópera italiana, iba á constituir una *efeméride* en los anales de aquella ciudad, por tantos conceptos ilustre. El *elenco*,—asimismo

lo decía *El Defensor*,—era selectísimo, y en cuanto al repertorio, ¡ayúdeme usted á sentir!: *Marta, María di Rohan, Traviatta, Safo, Lucía...* ¡La mar!

La ciudad, sin embargo, no respondió como era el caso; el abono fué poco numeroso y la concurrencia eventual no llegaba nunca á ser bastante crecida para llenar ni siquiera la mitad del *coliseo*.

Sea como fuere, no faltaron admiradores que, entusiastas por el arte del *bello canto*, como decía también *El Defensor*, pagasen en palmadas y ovaciones á los artistas lo que éstos dejaban de percibir en sueldos, pues el empresario, escudándose en la mezquindad de los ingresos, no se mostraba ni muy puntual ni muy *caballero* en la cuestión de monises.

Llegó, por fin, el día del beneficio de la primera tiple absoluta, signora Ada Cavallini; y sus apasionados decidieron echar el resto. La ópera elegida por la *diva* era *Safo*; la protagonista fué objeto de una *ovación delirante*; allí revolotearon palomas, volaron (y cayeron) versos; hubo regalos de coronas de laurel, de papel y de ramos de flores al natural, y, por fin, recibió la Cavallini, entre otros valiosos regalos, un *joyero*, un abanico, una sombrilla, un centro de mesa, un pañuelo bordado y un frasco de agua de azahar, presente de un acreditado fabricante de tan recomendable producto.

Safo enloqueció de veras á sus admiradores, y cuando, al final, se arroja al mar desde lo alto de la peña de Lencate, hubo en la *sala* un grito general de horror, por más que pronto quedó convertida aquella impresión en otra muy placentera al levantarse de nuevo el telón y salir sana y salva la Cavallini á recoger los aplausos de la concurrencia, tanto más espontáneos en cuanto la mayor parte de los *aplaudientes* se habían colado allí *gratis et amore*.

Pero ¡oh inestabilidad de las humanas glorias! Al día siguiente hubo de saber *el abono* que la empresa había *tronado*. El empresario se había largado con los escasos fondos que habían ingresado en la taquilla, y los pobres cantantes tocaban con las manos al cielo, en demanda de justicia... y de *quatrini*.

Desfilaron el tenor, el barítono, la contralto y el bajo, pero no la tiple, de lo cual dedujeron los ingeniosos vecinos de Urbilis que debía, indudablemente, tener algún trapicheo con alguno de los cuatro ó cinco acaudalados protectores *del bello sexo*, avecindados en aquella capital, bien que nadie pudiese atinar á punto fijo quién de ellos sería el *pagano* que costeara el lujo de la tiple.

Y se desesperaban todavía más los pesquisidores al tener que rendirse á la evidencia de que ni *entraba* ningún hombre en casa de la Cavallini, ni se dejaba ver ésta mucho en público á no ser cuando se dirigía al correo á ver la lista de las cartas detenidas ó con las señas á la lista susodicha.

La tiple vivía sola, sin más compañía que la de una asistenta diurna. Y ahora hay que decir que si la ilustre Cavallini era guapa y apuesta en las tablas, distaba mucho de ser así en la vida ordinaria, pues era muy pecosa, andaba con desgaire y no se hallaba ya precisamente en la primavera, sino antes bien en el otoño de la vida.

Transeurrieron quince días desde el *trueno*, y una tarde corrió la voz de que había aparecido ahogada una mujer en la playa de la Mora. Así era, en efecto, y, como es natural, concurrió el Juzgado á instruir las primeras diligencias, disponiendo que el cadáver fuese conducido al depósito y se le hiciera la autopsia.

Llamado para el caso el médico forense, trasladóse éste al lugar del suceso arriba dicho, y, ¡oh espanto inenarrable! ¡Aquel cadáver era el de la Cavallini! ¡El de la tiple, de quien era el más entusiasta admirador, y casi adorador! ¡Tremenda, horribilísima catástrofe!

El médico forense, sin embargo, tuvo que reconocer que la Cavallini había escogido un género de muerte *artístico*; había puesto fin á sus días como la inmortal poetisa de Lesbos.

Después se supo por la asistenta, que la pobre Cavallini había vivido todo aquel tiempo de lo que sacaron empeñando los *regalos* de su beneficio; que además de hallarse en la miseria estaba enferma de un mal que la hacía sufrir mucho, y que había padecido en este mundo una serie de calamidades.

No habían de acabar en eso las tribulaciones de la infeliz artista, que bien se ve había nacido bajo la influencia de la mas insoportable *jettatura*. Llegado el momento de proceder á su enterramiento, del cual cuidó el señor vicecónsul de Italia en aquella *plaza*, salió, como era de esperar, la autoridad eclesiástica, negándole tierra sagrada al cadáver, lo cual fué bastante á que nadie, absolutamente nadie, quisiera asistir al entierro, y al decir nadie nos referimos al tradicional conserje, y familia, del *clásico coliseo de la Carrera de San Mamés*, como decían los periódicos locales; pero, decimos mal, sí: una persona acompañó el tosco ataúd hasta la última morada, y fué un infelicísimo chico de la prensa, objeto de chacota por parte de sus estimables compañeros; un chico con una barba roja, cojo, mal trajeado, reverso de la medalla de Rotschild en punto á cabales, el cual, con un valor cívico que le colocaba á la altura del Cid Campeador, de Prim, de Vara de Rey y del capitán Las Morenas,—el héroe de Baler,—desafió las iras de la buena sociedad de Urbilis y se fué tras del carro mortuario, llorando, ¡infeliz!, á moco tendido, sin entenderse por eso que hubiese estado enamorado de la tiple como el médico forense;



lloraba la desgracia de *Safo*, como la de un compañero, é iba pensando que probablemente habría también él de arrojarle de cabeza al *piélago* como la infeliz italiana.

Bajo la emoción de la tristísima escena á que acababa de concurrir escribió unas octavas reales á la memoria de la malograda Cavallini; pero el director de *El Defensor* se negó redondamente á insertarlas por temor á que se dieran de baja la mitad de los suscriptores.

Hubo de saberse, sin embargo, en Urbilis la atrevida acción del chico de la prensa, y ¡ojalá hubiera estado siempre duermes!, pues ejercía las funciones, al par que de periodista, de escribiente de un actuario del Juzgado, el cual actuario, hombre recto, de severas costumbres y exclusivamente partidario del tresillo, como única diversión honesta y cristiana, despidió al joven Pepito en cuanto se enteró.

Y también Pepito estuvo en un tris de tirarse al mar; si bien no se tiró.

ALFREDO OPISSO



Pozo: LA CARRERA DEL DARRO (GRANADA)



EL "BALLET VOLANT"

Después de la inolvidable aparición de Loie Fuller con su admirabilísima *Danza serpentina*, era difícil presentar algo que llamase la atención, en coreografía; pero desde ahora puede asegurarse que el espectáculo actualmente ofrecido en Eldorado realiza un verdadero *tour de force*, digno de servisto y aplaudido.

Siete señoritas voladoras, conocidas en el mundo de los fenómenos atmosféricos con el nombre de las *Reinas del Aire*, están justificando cada noche al Santo Tribunal de la Inquisición en aquel célebre proceso formado á las brujas de Zugarramurdi *por volar y otros excesos*. Vuelan, en efecto; vuelan de abajo arriba, de arriba abajo, de derecha á izquierda, de izquierda á derecha, y, para hablar más propiamente, de N. á S., de E. á O., de NO. á SE., de SO. á NE., etc., etc.

El *Ballet volant* es verdaderamente artístico, encantador. Aquel escuadrón de volantes serafines, ó, si se quiere, en más exacto lenguaje, aquella voladora pléyade proporciona el placer de ver hecha una realidad toda una porción de metáforas: *ángel, visión, estrella, paloma*, etc., de uso corriente en la terminología amorosa, y hay que felicitarse de que se haya conseguido hacer posible una danza tan idealista, después de los hartazgos de bailoteos de barrigas y posaderas que se ha estado dando el público durante años y años.

Por raro contraste mientras nos visitan en España esas siete señoritas austriacas, trayéndonos un espectáculo verdaderamente original y delicado, exportamos por nuestra parte, á París, que es como entregarlas á la fama universal, á una porción de notabilidades coreográficas que contribuirán, sin duda, eficazmente á acrecentar nuestra reputación nacional.

No parece sino que es atributo de la noble Iberia surtir de bailarinas al universo. Ya en tiempo de Roma tenían ganada fama de incomparables sacerdotisas de Terpsicore las de procedencia gaditana: el contacto con los moros (que no bailan, contentándose con hacer bailar á sus odaliscas) hubo de contribuir, sin duda, á *perfeccionar* las ingénitas facultades para el difícil arte danzante, y en nuestros tiempos hemos podido registrar los gloriosos nombres de Lola Montes, la Nena y Rosita Mauri, eclipsadas, sin embargo, por la fama flamante de la Otero, la Chivita, la Guerrero y, últimamente, María Regina. No se dirá, pues, que España carezca de artistas de fama universal.

Ya la Otero, tiene, además de un tesoro de brillantes y de algún suicidio en holocausto de su esplendísima hermosura una preciosa estatua,

obra de Rupert Carabin, que la ha representado en pleno ejercicio de su exquisito arte, y después de haber trastornado los sesos á los parisenses, vuelve ahora locos á los lores y sires y misteres de Londres,

confirmando así el espiritual calembur del chico de la prensa parisiense, que dijo: *Tota mulier in Otero...* Y, naturalmente, ¡á quién no se le ocurre sentirse orgulloso de estos triunfos bailables, que tanto honor representan para la familia.

Todo lo cual no quita que haya almas de cántaro que prefieran á los tangos y fandangos oterinos y guerreriles la idealidad vaporosa de la *Serpentina* y la aérea ilusión de esas rubias y graciosas *señoritas voladoras*, decididamente más en consonancia con su sexo que las *señoritas toreras*.

Y aquí terminamos estas consideraciones sobre el baile, que no creemos indignas de grave meditación,

pues no hay nada que deje de ser importante cuando se considera á la luz de la filosofía.



LA BUENAVENTURA, por E. Alvarez Dumont

TODAS RUBIAS

Eduardo Alcázar, el delicioso cuentista, escribe una de esas joyas literarias que le han valido la celebridad.

Carmen, su mujer, borda sentada muy cerca de la mesa en que él trabaja.

El cuentista arroja de pronto la pluma con desdén, se levanta y pasea por el despacho con aire intranquilo. Quizás busca y no encuentra una idea espiritual ó una imagen brillante.

Carmen suspira con tales muestras de dolor, que su marido se para de repente y le pregunta:

—¿Qué tienes?

—Nada. (*Secamente*).

—Entonces, ¿por qué suspiras con tanta pena?

—Por nada. (*Mas secamente*).

—¿Sabes, Carmen, que hace días que te encuentro cambiada? Tú sufres. ¿Qué tienes? ¿No eres feliz? ¿No me quieres? ¿Te aburres á mi lado?

Ella esconde su linda cabecita entre las telas que borda y rompe á llorar.

El, asustado por aquellas lágrimas imtempativas, la sienta sobre sus rodillas y con un tono en que se mezcla la angustia con el mimo, prosigue su interrogatorio.

—Carmen, ¡por Dios! ¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras? Díselo todo á tu maridito.

—Lloro, porque no me quieres; ¡porque te has cansado de mí!

—¿Qué no te quiero, alma mía? ¿En qué puedes fundar tus acusaciones?

Carmen seca sus lágrimas y tomando una actitud solemne, dice á su marido:

—De novios me jurabas que yo era tu ideal, la mujer de tus ensueños de artista...

—Y lo eres, y...

—No me interrumpas. Ha llegado el momento y es preciso que lo sepas todo, que conozcas el por qué soy desgraciada. Yo era tu ideal, ¿pero continúo siéndolo? No pongas esa cara de asombro, y responde. ¿Continúo siéndolo? No me faltas materialmente, es verdad; pero me faltas con tus mujeres *literarias*. Enloqueces, llegas hasta ponerte febril cuando trabajas en la pintura de mujeres muy desemejantes á mí. Tu ideal ha cambiado á los cuatro meses de matrimonio! ¿Qué no? ¿Quieres la prueba? Hace tres días que no duermes, que no descansas, que no vives, haciendo y rehaciendo ese artículo que no es otra cosa que una lujuria cerebral, una pasión desenfrenada de tu carne que busca una válvula en la descripción ardiente de una morena de fuego, de una gitana, de una bacante borracha, fea, asquerosa en fuerza de querer tú que tenga todos los atractivos de una diosa. No te extrañes de que hable



así. ¡Bastante tiempo he callado! Lee, lee, delante de mí, si es que te atreves, esas imágenes de lupanar; fíjate en el encarnizamiento con que dibujas todas las partes de su cuerpo moreno, en la voluptuosidad con que suspiras por sus cabellos negros, que adornas con adjetivos que nunca empleaste para las trenzas de «la rubia de tu alma», de «tu Ofelia», como me llamabas antes.

Esto (*coge las cuartillas de encima de la mesa y las estruja*) esto no se puede escribir si no se siente. Sí, no lo niegues, tú has visto á esa mujer desnuda y la has deseado y su carne ha convertido tu sangre en fuego. Sí, tú te entregas todas las noches, no al trabajo, sino á orgías de sensualidad y de amor. Y yo, ¡pobre de mí!, no puedo luchar contra esas enemigas, porque las finges tan hermosas como las quiere el deseo, y yo tengo todos los defectos de la realidad. ¡Discúlpate, anda, discúlpate si puedes!

Y al decir esto, con gesto amenazador, le mostraba las cuartillas que aun conservaba arrugadas en la mano.

Alcázar estaba aterrado. ¿Qué hacer? ¿Cómo disipar aquellos celos? Quiso reír y no pudo; quiso protestar de aquellas injustas acusaciones, y no halló palabras.

—El arte es una pura ficción, — balbuceó.

—No, mientes; yo he aprendido en tus artículos críticos, que el arte no puede ser más que la verdad; que el escritor necesita ante todo ser sincero y sentir lo que escribe.

No hubo medio. Ella lloró con desconsuelo y él agotó, sin resultado, toda suerte de disculpas.

¡Ah! ¡Si hubiese podido borrar lo escrito en aquellas malditas cuartillas en que su mujercita encontraba pruebas de infidelidad!

Después de una lucha enconada y terrible, sostenida por ambas partes, se firmó un tratado de paz que sólo constaba de una cláusula: «Todas las mujeres literarias, del célebre cuentista, serían copia fiel de su esposa.»

El tratado se selló con un beso.

*
**

A los pocos meses de haberse firmado el convenio, se publicó un artículo titulado *Las mujeres de Alcázar*,

Era aquel un estudio literario, cruel para el cuentista. El crítico le acusaba de una total carencia de imaginación. ¡Todas las mujeres de Alcázar eran iguales! ¡Todas rubias! ¡Todas estaban dotadas de los mismos encantos y atractivos! ¡Qué monotonía! Alcázar que había sabido crear tantos tipos de mujer estaba agotado.

Huyeron de su pluma, decía el crítico, aquellas mujeres meridionales, aquellas Venus paganas que amaban con arrebatos enloquecedores, con amor alegre y triunfante. Alcázar sólo sabía sentir los amores plácidos y tranquilos de las pálidas *Gretchen* del Norte.

Le amargaron tanto aquellas censuras al bueno de Alcázar, que hubo momentos en que pensó faltar á lo pactado con su mujer.

Durante algunos días rubias y morenas riñeron en su espíritu gran batalla.



La victoria, á pesar de la crítica, se decidió en favor de las rubias.

El artista quiso, eso sí, procurarse una pueril satisfacción de amor propio. Buscó al autor del artículo *Las mujeres de Alcázar*, y le contó el por qué eran rubias é iguales todas las mujeres de sus cuentos.

—Amigo mío,—dijo al crítico,—he aprendido que cerrando la puerta á la vanidad y á la ambición, la felicidad se cuele por la ventana. ¿Cree usted que vale la pena de sacrificar á la mujer que me da amor por las mujeres que quizás pudieran darme gloria?

El crítico quedó pensativo algunos instantes y respondió al artista:

—Tiene usted razón. ¡Ojalá la musa que le inspira, no cambie nunca el color de sus cabellos!

RICARDO FUENTE



UNA CURSI

¡Pobrecita Rosa! ¡Pobre, pobrecita!
Siendo tan modesta, siendo tan bonita,
con cuanta amargura reír se la ve...
Va por todas partes, de su madre al lado,
con aire encogido, con aire apagado...
¡Yo, cuando la veo, siento un no sé qué!...

¡No es de ella la culpa si no es elegante!
La gente la mira de un modo cargante
y algunos se ríen al verla pasar.
Los *pollos* (¡crueles!), la dicen: —¡Qué facha!
Se ríe al oírlos la pobre muchacha
y la entran deseos de echarse á llorar.

¡Qué facha va Rosa! ¡Qué cursi! En efecto,
no son sus botitas de un corte correcto:
tienen sus sombreros muy poco que ver;
no son á la moda sus limpios vestidos,
ni están bien cortados, ni están bien cosidos,
y ya ella lo sabe, mas ¿qué le va á hacer?

A todos los hombres con pena los mira...
¡Qué guapos algunos!... Parece mentira
que nadie á sus gracias dedique una flor...
Son grandes sus ojos y es bella su cara,
mas sólo en su tipo la gente repara.
¡Ninguno la dice palabras de amor!

Mil veces la pobre Rosita ha soñado
con un ángel rubio que baja á su lado
galante, atrevido, gracioso y gentil,
que besa sus labios con ansias de amores,
y cubre su lecho de virgen de flores,
y deja en su estancia las brisas de abril.

Mas luego del sueño rosado despierta...
¡Mentira fué todo! ¡No hay nadie á su puerta!
¡El día se lleva la hermosa ilusión!...
Y al ver en su armario los pobres vestidos
que están mal cortados y están mal cosidos,
suspira y solloza con honda aflicción!

Por más que al hablarla se muestra serena,
comprende sus ansias, comprende su pena,
y llora en silencio la pobre mamá,
al ver que su Rosa de amor se consume
y va poco á poco perdiendo el perfume,
¡y nadie comprende lo triste que está!

¡Pobrecita Rosa! ¡Pobre, pobrecita!
Siendo tan modesta, siendo tan bonita,
con cuanta amargura reír se la ve...
Va por todas partes de su madre al lado,
con aire encogido, con aire apagado...
¡Yo, cuando la veo, siento un no sé qué!...

ANTONIO PALOMERO



MUJERES Y PAPELES

Pasaron los tiempos en que se representaba á la mujer ora asomada al ajimez de feudal castillo, ora ocupada en pulsar el arpa ó en mirar la luna. Nuevas actividades han reclamado su inteligencia ó sus manos, y lo que antes era excepción es ahora la regla.

La mujer lee, lo cual es digno de loar; escribe, lo cual ya no es tanto de loar, á veces; cultiva las bellas artes, y aun las artes que no son precisamente bellas; y en ciertos países, extralimitándose de sus peculiares atributos, ejerce funciones de cobradora de tranvía, predicadora y, ¡horror!, diputada.

No es de condenar en absoluto, sin embargo, que la mujer se salga de su esfera, y aun podríamos decir que entre exceso y exceso, es preferible la sobra de entrometimiento al espíritu de anulación; algunos no opinan de esta manera, por desgracia, y de ahí la reciente aparición de un libro francés intitolado *la Matanza de las Amazonas*, en el cual el autor pasa efectivamente á degüello á todas las conspícuas de la vecina República, Sara Bernhardt inclusive, que ya es degollar.

Aparte de todo lo cual hay que reconocer que no es por falta de ganas, muchas veces, si las mujeres no se lanzan á hacer tanto y más que nosotros; anhelo expresado poética y armoniosamente en *Gigantes y Cabezudos*, en aquellos inspirados versos de:

Si las mujeres mandasen...

Por lo demás, está muy puesto en razón, como decía más arriba, el que las mujeres lean y adquieran ideas generales, y particulares. Esta es la mejor manera de llegar á la equivalencia, ya que no á la identidad de sexos. El saber no estorba nunca, por bonita que sea una hija de Eva, y es muy digno de alabanza el hojear revistas ilustradas.

KECK



EN EL CIELO

(CUENTO HUMORÍSTICO)

Murióse Juan, un patán,
y sin temor ni recelo,
con el alma limpia, Juan,
se fué de la cama al cielo.

De un astro brillante en pos
rasgando la etérea gasa
entró en la mansión de Dios
como Pedro por su casa.

Y ya de la gloria dentro
vió con cara compungida,
que nadie salió á su encuentro
á darle la bienvenida.

Tanta indiferencia al ver
llegóse el hombre á quedar
perplejo, por no saber
el sitio que iba á ocupar.

Mas llenos de resplandor
vió á los ángeles y santos,
y se dijo: «—Pues, Señor,
voy á ser uno de tantos.»

Y juntándose al momento
con aquellas criaturas
cantó con recogimiento:
«¡Gloria á Dios en las alturas!»

Siglos y siglos rodar
vió gozando bienandanzas
y ocupado en prodigar
al Hacedor alabanzas,
cuando un día inesperado
notó, con satisfacción,
movimiento inusitado
en la celeste mansión.

—¿Qué ocurre aquí?—á San Pascual
Bailón, curioso le dijo,—
¿Por qué tanto regocijo
en la celeste mansión?

Y el santo lleno de gozo
le contestó, alzando el vuelo:
—Hoy reina tanto alborozo
porque entra un rico en el cielo.

Vió Juan al santo marchar
y observó, con desagrado,
que se iba á cumplimentar
al rico recién llegado.

—Pues, señor,—con desconsuelo
dijo Juan,—yo me confundo,
porque noto que en el cielo
sucede igual que en el mundo.

Llega un pobre que no exhibe
riqueza ganada en vida,
y ninguno le recibe
ni le da la bienvenida.

Llega un rico con su enorme
fabulosó capital,
y hay gala con uniforme
en la corte celestial.

San Pedro, que casualmente
oyó la lamentación,
le contestó prontamente
para darle una lección:

—Yo tu extrañeza me explico
y quizás razón te sobre;
mas si se festeja al rico
no es por humillar al pobre.
Ante Dios no hay jerarquías;
pero con razón el cielo
demuestra sus alegrías,
y por las etéreas vías
tienden los santos el vuelo;
¡porque no todos los días
entra un ricacho en el cielo!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



COSAS DEL DIA



PENAS conocido el fallo del jurado de la Exposición de Bellas Artes han comenzado las quejas, las reclamaciones y las censuras. Lo mismo sucedió cuando se distribuyeron los premios de todas las exposiciones anteriores y otro tanto pasará cuando se otorguen los de las sucesivas. No hay pintamonas que no se crea un Velázquez, ni confeccionador de pucheros de Alcorcón que no se tenga por un Fidias con americana y sombrero de fieltro. Sobre todo, no hay ninguno que al leer *la lista grande*, no exclame, como el personaje de cierta zarzuela, apretando los puños y dirigiendo al cielo iracunda mirada:

—¡Brigadier Talegon! ¡Brigadier Talegon!

Es decir:

—¡Fulano premiado, y yo sin otra medalla que la del sufrimiento!

Ignoro si el jurado ha procedido bien ó ha estado injusto; pero sobre que el mérito artístico es bastante difícil de aquilatar y los juicios que sobre él se emiten, aun siendo *moralmente imparciales*, raras veces ó ninguna son unánimes, el fallo fuese el que fuera, siempre habría sido objeto de iguales censuras y de las mismas diatribas: primero, porque el amor propio, el apasionamiento, las preocupaciones de escuela, perturban el criterio más despejado; y

luego porque el jurado, en estos casos, es la autoridad y entre las apreciables condiciones que distinguen á los españoles se encuentra la de encontrar mal hecho cuanto la autoridad realiza y mirar con malos ojos á los superiores. Todos ó casi todos estamos retratados en aquel alférez, segundo teniente como decimos ahora porque es más feo y más largo, que escribía en su libro de memorias: LISTA DE LAS PERSONAS QUE ME... REVIENTAN: *Primera: Mi coronel, sea quien fuere.*

A propósito de militares. En Valencia ha fallecido repentinamente el general Arolas: era bravo, como todos los militares españoles y aun como todos los españoles, sean ó no militares; se distinguió notablemente en Filipinas, no pudiendo olvidarse nunca que fué el conquistador de Joló. En Cuba prestó los servicios *que le dejaron*, pues en lugar de confiarle un mando activo, se le desterró, por decirlo así, á guardar la *trocha*. Con el general Arolas ha perdido España uno de sus mejores hijos.

Descanse en paz.

Y vamos á otra cosa y á otro país, pues como el calor comienza á apretar, no es malo ir á sitios frescos.

En la capital de Holanda, el país de esos quesos que tanto parecido tienen con las famosas bolas del puente de Toledo y con las cabezas de muchos políticos no menos famosos, en La Haya ó *La Haiga*, según una eminencia fusionista, está celebrándose la conferencia de diplomáticos europeos para tratar de la proposición rusa sobre *el desarme*.

No se necesita ser profeta para asegurar que la tal conferencia no dará resultado; y á fe que es una lástima, porque la proposición rusa, de ser aprobada, permitiría á las naciones del continente emplear en armamentos marítimos lo que ahora gastan en los terrestres y ponerse en condiciones de meter en cintura á Inglaterra. ¡Y si supieran ustedes el cariño que profeso á los ingleses de *Inglaterra*! Casi tanto como el que me inspiran los nacionales.

Desgraciadamente sobre que es difícil llegar á un acuerdo, algunos de los representantes de las potencias han de contribuir, de seguro, á aumentar la dificultad. Alemania ha nombrado á un resuelto enemigo del proyecto del czar; nosotros hemos enviado al más belicoso de nuestros ex ministros...

Verdad es que la designación hecha por el gobierno español resulta oportuna bajo cierto aspecto. No tenemos barcos; casi no tenemos ejército; nuestras costas y fronteras se hallan indefensas; pero si se aprobase por casualidad la proposición rusa, nuestro delegado sería una prueba viviente de que podemos contribuir al general desarme... desarmando las iras del duque de Tetuán.

Otro desarme que nos sería muy conveniente: el de la gente de mala vida y de peores entrañas. Los crímenes menudean de un modo lastimoso. En Madrid un pedazo de bárbaro ha matado á una mujer y dos guardias, ha herido á tres ó cuatro personas más y, acabando por donde debía haber principiado, se ha pegado un tiro. Gracia ha sido teatro de otros dos ó tres sangrientos delitos, y, por último, en un pueblo de la provincia de Málaga un yerno cariñoso, abandonando á su mujer, ha raptado ¡á su suegra! No puedo desear á la amorosa pareja una feliz luna de miel; todo lo más á que tiene derecho es á la media luna.

EDUARDO BLASCO

CANTOS NACIONALES

EL CANTO DEL VINO

Mucho tarda mi compañera. ¿Dónde está? ¿No sabe que la aguardo?
Decidla que estoy aquí, rebosando en la copa. Quiero reflejar mi penacho de blanca espuma sobre su limpio seno de acero: ansío verter en su rostro deslumbrador mi ardiente cascada de rubíes.

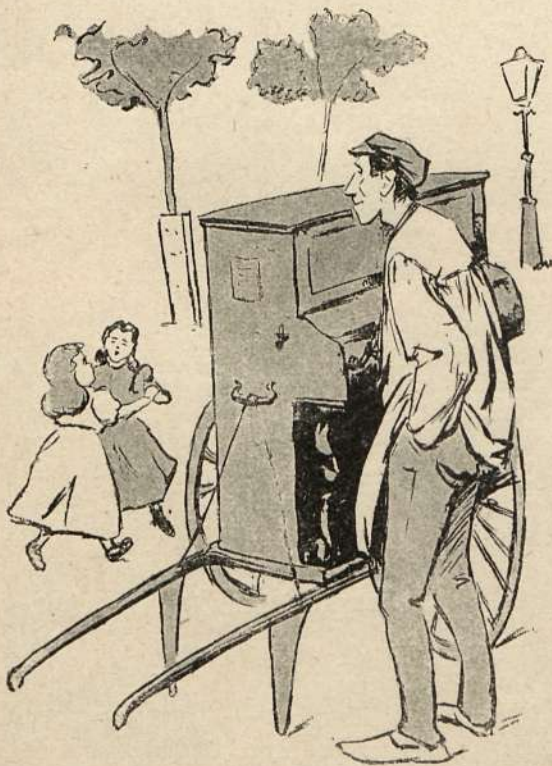
EL CANTO DE LA NAVAJA

Compañero, aquí estoy. Bien sabes que no tardo en responder á tus voces.
Salpícame, dulce licor, ya que no me es dado beberte. Resbala sobre mi cuerpo insensible, ya que no me puedes teñir como me tiñe la sangre.
Pero ¿qué haces tú? ¿No hay un fiel bebedor que te solicite y te apure?
Ofrécete, incitador y voluptuoso: penetra en la boca sedienta y asciende rápido hasta el cerebro desprevenido: trastorna, irrita, enloquece, desespera, conduce hasta mí la torpe mano, haz que férreos dedos me opriman y me hundan con seguro golpe en un corazón lleno de vida. ¡Yo también tengo sed!

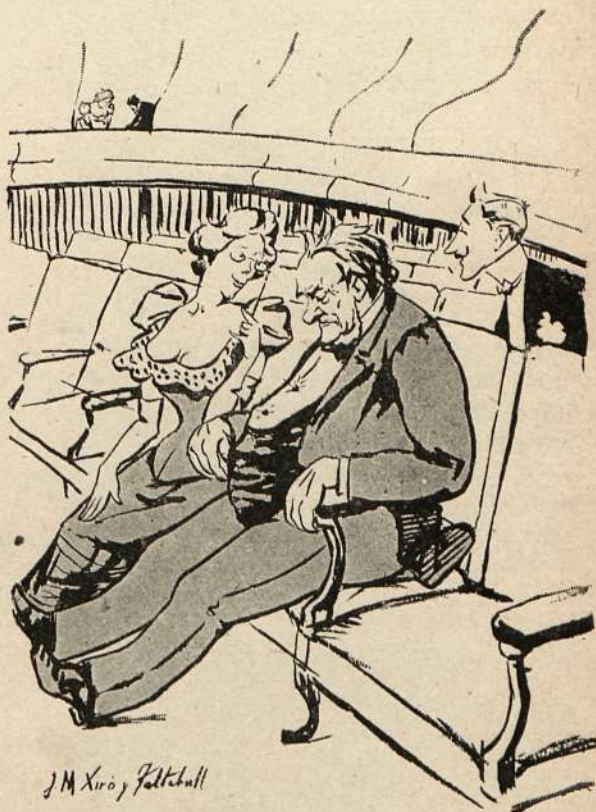
EL CANTO DE LAS CASTAÑUELAS

¡Qué alegres somos! ¡Ved! ¡Oid! ¡Admirad nuestro escandaloso repiqueteo! ¡Muera la tristeza!
¿Quién habla de penas en el mundo? ¿No estamos aquí para consolaros? ¡Oid! ¡Oid una malagueña bien repiqueteada!
Ya te vemos, vino, compañero de nuestra alma. Déjanos empapar los lazos rojos y amarillos en tus entrañas carmesíes.
¡Hola, navaja, nuestra querida comadre! Baila mientras cantamos. ¡Viva tu salero! ¡Viva tu gracia, hermosa!
¡Y cómo relumbras! ¡Coquetuela!
¿Qué es eso? ¿Ya se armó la danza? ¡Derrámese el vino! ¡Clávese el hierro! No temáis: nosotras cantaremos siempre, y vuestro escandaloso bailoteo ahogará los débiles ayes del luchador vencido.
¡Ole! ¡Ole! ¡Duro! ¡Duro hasta la eternidad! Ya cayó el más torpe... Ya se mezcla el vino con la sangre... Uno al presidio... otro al cementerio... ¡Ole! ¡Ole! Oid esta malagueña bien repiqueteada.

NEMO



GÉNERO REQUETECHIQUITO



J. M. Xiró, Folletball

GÉNERO ARCHIGRANDIOSÍSIMO



J. Faibssa

TESTAMENTO

Para el album de la hija del general Marin)

Mi modesta firma anhelas
y eres (me dice un amigo)
rubia como las candelas,
blanca como el pan de trigo.
Pues en vez de necios tropos
te envió en este papel,
los madrileños piropos
que lanza el pueblo á granel.
¡Envidia tengo á tu padre
por ser tu padre, hija mía!

¡Bendita sea la madre
que tales pimpollos cría!
¡Vivan los ojos traidores
que van derramando sal,
y tienen más electores
que el sufragio universal!
¡Como yo vuelva á nacer
y me cojas de soltero

no sé qué va á suceder
ni imaginármelo quiero!
Mas por si muero del todo
(y me lo tengo tragado)
te dejo escrito á mi modo
mi testamento sellado.
Te dejo mi respetuosa

franca, admiración sincera.
Te dejo en plena y hermosa
feliz vital primavera.
Y aquí mi firma te dejo
para que pienses un día:
—¿Este es el poeta viejo
el que tanto me quería?

EUSEBIO BLASCO



1. Pérez era un hombre tan pobre de espíritu como escaso de fuerzas.



2. Y su mujer, abusando de su superioridad en las dos cualidades citadas, le molestaba cruelmente.



3. Hasta que un día Pérez, decidido á remediar tanto mal, salió en busca de cierto especialista.



4. El cual, le recomendó, como muy eficaz, un específico de su invención, que usado muy parcamente después de cada comida, podía darle al cabo de ocho días una fuerza de cuatro caballos y pico.



5. Y como Pérez, desconfiando de la bondad del mejunge, duplicó las dosis en los primeros días, triplicándolas en los últimos.



6. Cuando tuvo una nueva reyerta con su esposa, del primer puñetazo la hizo papillas.

REPITORIA

—¿Qué le parece á usted, doctor, eso de la telegrafía sin hilos? A ver, explíquenos usted en qué consiste.

—Esas cosas las sé de corrido cuando no me hablan de ellas; pero las olvido en cuanto me preguntan.

Oyendo á un predicador muy malo, encargado de pronunciar la oración fúnebre de un elevado personaje, decía un chusco:

—De ninguna manera puede sentirse mejor la inanidad del hombre que en la prosa de este orador.

Se citan en una tertulia varios casos de catalepsia, y un individuo refiere que una señora, á quien se creía muerta, se despertó durante el funeral al ruido de los cánticos religiosos.

Y entonces un caballero dijo:

—Pues lo que es yo, cuando se muera mi suegra le haré decir únicamente una misa rezada.

En un baile:

—Señorita, ¿quiere usted dispensarme la honra de concederme un baile?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—El último.

—Es que á esa hora ya no estaré yo aquí.

—Ni yo tampoco.

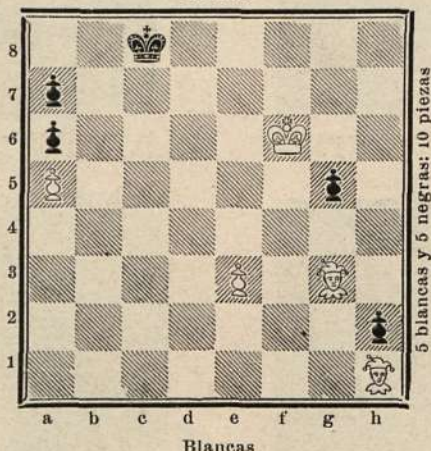
Apasionado por los problemas aerostáticos, el mayor D'Arlaudes fué uno de los primeros en arriesgarse en una *montgolfiera*, como se llamaban entonces los globos. Era por entonces una grande audacia, y Luis XVI hubo de reprenderle amistosamente por desafiar unos riesgos tan funestos para su porvenir.

—Vuestra Majestad se dignará perdonarme,—respondió el ingenioso mayor;—pero su ministro de la

Problema de ajedrez núm. 2

POR C. M.

Negras



Las blancas juegan, y dan mate en 5 jugadas

Guerra me ha hecho tantas promesas en el aire que he tomado la resolución de ir á buscarlas.

D. Luis de Zulueta y D. Eduardo Marquina, poetas de cuerpo entero, nuevos, con mucho en la cabeza y en el corazón, han publicado un poema en forma dramática titulado: *Jesus y el Diablo*. Y resulta que han hecho una obra magnífica, remozando al demonio y haciendo hablar á las Montañas los Bosques y los Vientos en unos alejandrinos que jamás se han hecho mejor en Alejandría. Por todo lo cual hay que felicitarles, y rogarles que no tarden en publicar otra cosa que sea tan buena como esa.

Para que ustedes lo sepan, y en la convicción de prestarles un inmenso favor me apresuro á comunicarles que el próximo año 1900, aunque divisible por 4, no será bisesto,., porque no.

Sabido esto, es preciso rechazar todo pagaré en que se prometa de-

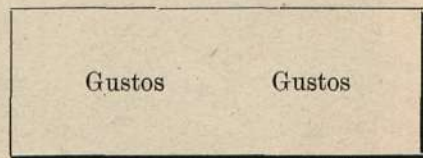
volver el dinero el 29 de febrero próximo venidero, porque hay quien no duerme.

CHARADA

Letra vocal la *primera*,
dos *tres*, disco de metal
con una cifra grabada;
en algunos patios hay
tercia cuarta, que en octubre
á cientos racimos da;
es el *cinco*, si no mienten,
una nota musical.
Es *total* un hombre grueso,
bajo, y anchote además.

— — —

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Luisa.

Rompecabezas



MARTIRIO DE UN ALMA

POR

ALVARO CARRILLO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 ptas.
Encuadernada, 15'50 ptas.

EL PRIMER AMOR

POR

ALVARO CARRILLO

33 cuadernos, que forman 2 tomos, 16'50 pesetas.
Encuadernada, 19'50 pesetas.

SOLEDAD Ó BIEN PERDIDO

POR

LUIS PACHECO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.

BRAZO DE HIERRO

POR

✻ EDUARDO BLASCO ✻

30 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 ptas.
Encuadernada, 18 ptas.

LA MUJER MÁRTIR

POR

D. GONZALO DE LA SELVA

30 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 ptas.
Encuadernada, 15'50 ptas.

MISTERIOS DE LA HABANA

POR

✻ A. PEDROSO DE ARRIAZA ✻

80 cuadernos, que forman 2 tomos, 20 pesetas.
Encuadernada, 23 ptas.

GLORIAS DE LA INFANCIA

POR

D. JULIÁN F. ALCARAZ

ADORNADA CON MUCHOS GRABADOS

Un tomo encuadernado en tela, 7'50 pesetas.



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA ✻ INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

